El reto de gobernar desde la complejidad

SEMINARIO MÉXICO • VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN

Politólogo y jefe del Departamento de Sociología en la UAM-Iztapalapa.Deseo agradecer a mis colegas del seminario por sus críticas a la primera versión del texto.

¿Será verdad que nuestros políticos se han quedado sin aliento y se debaten en la confusión y el inmovilismo?¿Que paradójicamente están siendo rebasados por la pluralidad y la complejidad democráticas que nuestras mismas decisiones crearon tras largos periodos de difíciles reformas y consensos?Las respuestas de orden y coordinación que se demandan tanto al gobierno como a los sectores organizados de la sociedad ante este nuevo contexto de reglas son urgentes, para no seguirnos perdiendo en el precipicio de la balcanización del poder y que la inacción no termine por traducirse en una "democracia defectiva ",esto es, un sistema en donde la población comienza a dejar de comprometerse y cooperar en los espacios formales de la política,cediendo así el paso a quienes manipulan a la ley y las instituciones en su beneficio;esto es, comienza a defenderse de individuos y grupos frente a los cuales la ciudadanía no tiene otro instrumento que el rechazo o el aislamiento respecto a lo que provenga del gobierno,los partidos y todo lo que se relacione con la política.Un dato sintomático de esta situación lo fue el nivel de abstencionismo observado en las pasadas elecciones federales.

La segunda mitad del presente sexenio comienza así rodeada de escepticismo,en notorio contraste con el clima de cambio y esperanza con el que se dio la recomposición política derivada de la alternancia electoral del año 2000.Construir un nuevo esquema de poder indudablemente conlleva riesgos y a la vez sentido de responsabilidad histórica para que se generen los acuerdos estratégicos que destierren la imagen de improductividad y dispendio que se sigue teniendo con respecto a las instituciones públicas.Esto implica que también sepamos distinguir entre las acciones de corto y mediano plazos,a efecto de redimensionar el radio de cobertura y dar también un orden de atención más manejable a todas aquellas demandas que reclaman solución pronta.Requerimos entonces pasar de la presión de la competencia -que buscaba siempre la pequeña ganancia coyuntural - hacia el imperativo de coincidencias que privilegien el compromiso con base en líneas programáticas y metas temporales entendibles para todos.

Un primer desafío por dotarnos de un esquema de gobernabilidad de corto plazo está asociado con poseer un auténtico "gobierno de gabinete ",
1
en donde se muestren condiciones de mayor rendimiento dentro de cada dependencia,pero sin por ello perder la lógica que implica el mantenimiento de un sistema presidencial que aproveche adecuadamente sus facultades constitucionales y que,al mismo tiempo,contribuya al acomodo y ubicación de las funciones que debe compartir con las instancias legislativa y judicial para hablar de auténtico equilibrio y complementación

funcional entre los mismos.Los ajustes verificados en este año deben terminar con el pretexto de la falta de eficacia y coordinación dentro de la gestión foxista.

Una segunda dimensión en pos de la gobernabilidad nos obliga a reflexionar sobre cómo manejar la sucesión presidencial de 2006,para que este factor no se vuelva con demasiada anticipación una camisa de fuerza que bloquee la formación de acuerdos entre las diversas fuerzas políticas.En el PAN la carrera presidencial inicia con un proceso contradictorio,en donde si bien hay una aceptación popular por Martha Sahagún,los reposicionamientos estratégicos del aparato dirigente albiazul están tratando de crear una baraja de precandidatos con Felipe Calderón,Rodolfo Elizondo y Santiago Creel dentro del gabinete,mismos que se suman a legisladores que como Francisco Barrio,Diego Fernández de Cevallos y Carlos Medina Plascencia, serían la base de una contienda interna en Acción Nacional.

Igualmente se puede observar la dinámica de precandidatos que van imponiéndose desde los medios a las dirigencias partidarias,como va perfilándose en el caso de Andrés Manuel López Obrador dentro del PRD, aunque ello implicará ciertamente una negociación crucial y de relevo generacional de liderazgos (que no termine en escisión)con los sectores históricos encabezados por Cuauhtémoc Cárdenas,para así ofrecer una candidatura atractiva desde el centro-izquierda y superar la tendencia del oposicionismo contestario que los ha mantenido marginados de ser un partido con vocación de gobierno nacional.

En el caso del PRI,sus escenarios actuales son los menos promisorios de los tres grandes partidos,en tanto no se perfila cuál puede ser su nuevo centro de gravedad,dada la dispersión de poderes entre los gobernadores,la dirigencia nacional y los líderes sectoriales.Al carecer del viejo arbitraje presidencial,la definición de su candidato tendrá que ser producto de una auténtica pulsión entre fuerzas y proyectos.La salida del priismo sería justamente encontrar a un líder nacional que sacrifique la ambición de la silla,se coloque por encima de los grupos y se imponga como autoridad moral e ideológica.Y es claro que dicho liderazgo no puede venir de los ex presidentes ni de su actual dirigente,quien es uno de los precandidatos natos que aspirará a dicho cargo.Si el PRI diera muestras de capacidad para establecer transparencia en sus procesos internos,así como en sus ofertas políticas y acciones parlamentarias,quizás pueda remontar los escenarios del tan temido choque final entre modernizadores y tradicionalistas,para así convertirse en un factor coadyuvante en la gobernabilidad democrática.

Un tercer factor dentro del esquema de gobernabilidad es el poder Legislativo,el cual debe dirigirse hacia una política de coaliciones y alianzas basada en mayorías programáticas,visibles y estables.Esto es un factor imperativo para la definición de acuerdos en materias centrales como las del presupuesto,la hacienda pública y las reformas al sector energético,junto con la adopción de nuevos pactos con el empresariado mexicano para promover la reactivación concertada del empleo y la inversión.Para lograrlo también se requiere la madurez del Ejecutivo para evitar un contexto de colisión que se traduzca en vetos y confrontaciones.

Un cuarto frente de gobernabilidad se remite al reto de cómo dar cabida a nuevos actores

que como la Conago y las organizaciones nacionales de presidentes municipales,han generado un sentido de oportunidad único para plantearse ir algo más lejos del reparto de los recursos públicos o la reformulación de las políticas económicas.Fomentar su permanencia facilitaría construir las bases de una renovación del federalismo.

De igual manera,vemos que en detrimento de la gobernabilidad prevalece una confusión bastante significativa acerca de los espacios que pretenden ser ocupados por los medios de comunicación,la iglesia católica,las autoridades electorales,los tribunales de justicia o las fuerzas armadas,en tanto nos van revelando sus respectivos niveles de desajuste,así como su dificultad para mostrar una consistencia institucional que no tenga la necesidad de utilizar los antiguos esquemas y arreglos que aún persisten del pasado autoritario inmediato.Ante la ausencia de una coordinación política eficaz,no se puede soslayar entonces el inquietante clima de violencia social que se vive en las calles de la ciudad de México,en Ciudad Juárez, además de la inconclusa respuesta del Estado con respecto a la cuestión indígena o frente a los diversos grupos vulnerables.En todas estas áreas,la omisión decisoria no puede disfrazarse de tolerancia,ni puede conculcar la indefensión de quienes sufren de secuestros,robos y vejaciones de todo tipo.

Los retos de la gobernabilidad en México obligan entonces a una valoración profunda de lo que pretendemos como sistema político y como nación.Los tiempos exigen a nuestros líderes responder y ubicarse sin demora en el marco de la complejidad surgida de nuestra naciente democracia.El 2006 no está lejos .

Comentarios

Gustavo López Montiel. Tec-CCM. Coincido con el diagnóstico que Víctor Alarcón ofrece sobre la realidad política mexicana, que a su decir se ha convertido en una democracia defectiva, pero no encuentro propuestas de solución. Si bien las reglas que determinan el juego de los actores políticos en México han cambiado, la creación de nuevas formas de interrelación, pesos, contrapesos y equilibrios de poder, ha desviado la atención sobre temas que parecen importantes. Pero la creación de esas nuevas reglas es, me parece, mucho más relevante porque determinará en buena medida el futuro político del país Jorge Cadena Roa. UNAM. Los problemas que plantea Víctor Alarcón son los que tiene el análisis de coyuntura en periodos de cambio e incertidumbre.

Para el análisis de coyuntura, se dice, hay que poner atención no sólo en lo dado, sino también en lo dándose. Sin embargo, lo potencial en la complejidad es prácticamente infinito e impredecible. ¿Cómo distinguir "lo dándose" que nunca será, de "lo dándose" que terminará por imponerse? ¿Cómo distinguir lo nuevo de lo viejo si, en buena dialéctica, lo nuevo resulta de la superación-conservación de lo viejo? ¿Cómo distinguir lo duradero de lo pasajero, lo causal de lo circunstancial que, sin embargo, coloniza los encabezados de prensa? En este momento tenemos potencialidades que aún no se definen con claridad. Incluso, dependiendo de los indicadores que seleccionemos, la tendencia dominante del cambio puede ser empantanamiento, descomposición o recomposición. El asunto se complica al tratar de encontrar responsables. ¿Qué responsabilidad hay en un personaje que como candidato decía "Hoy, hoy, hoy," y como presidente se pregunta ¿Y yo por qué? José

Fernández Santillán. Tec-CCM. El documento de Víctor Alarcón es rico en sugerencias y posibles vías de análisis. Su exposición me recuerda la analogía clásica entre el cuerpo político y el cuerpo humano y, en especial, el movimiento de concentración y relajación de fuerzas. Sístole y diástole en el sistema cardiovascular que corresponden a la acumulación y la distribución del poder en el sistema social. Lo que hoy estamos viendo en México es el paso de una gobernabilidad autoritaria (concentración) que produjo estabilidad política y paz social a una gobernabilidad democrática (dispersión) que todavía no logra establecer nuevos equilibrios y un orden público digno de tal nombre. En este movimiento pendular estamos pasando del exceso de poder al defecto de poder. El problema es que las fuerzas políticas no han logrado establecer las bases de este nuevo tipo de gobernabilidad. Pero es imperativo encontrar el remedio antes de que la patología social resulte incurable.

Ligia Tavera Fenollosa. FLACSO. Más que víctimas de una situación política compleja, tenemos actores políticos tramposos que no observan las reglas del juego e instituciones que en lugar de sancionar dicho comportamiento lo refrendan. La resolución del TEPDF de ratificar el triunfo de Aboitz en la delegación Miguel Hidalgo -en lugar de anular las elecciones tal y como lo establece la ley y tal y como había sido votado por el Tribunal Electoral del D.F.- por considerar que tanto el candidato panista como el del PRD habían rebasado el tope al financiamiento de su campaña y que por consiguiente este acto ilegal no suponía una situación de competencia desigual, así como la tardía y cuestionada resolución del Instituto Federal Electoral en torno a los Amigos de Fox son dos casos preocupantes que están generando, desde el corazón mismo de la institucionalidad democrática, incentivos para que los actores políticos no sigan las reglas del juego democrático. Aunque coincido con muchos de las cuestiones señaladas por Víctor, creo que en la definición del problema está la solución y que el mayor reto a la gobernabilidad es elaborar reglas y normas que sean efectivamente implementadas y rigurosamente acatadas.

Emilio Rabasa Gamboa. Tec-CCM. Víctor Alarcón plantea un problema de fondo: después del titánico esfuerzo por transitar del autoritarismo a la democracia, ahora resulta que el nuevo régimen carece de los actores políticos que se requieren para vivirlo como lo exige la complejidad democrática.

En otras palabras, tenemos un nuevo barco pero no sabemos cómo conducirlo y navegar para llevarlo a puerto seguro. Nos movemos en un mar agitado, por momentos tormentoso, sin saber cómo operar los instrumentos propios de que dispone la nave, muy diferentes a los que tenía el buque anterior. La democracia es un espacio que exige construir mayorías casi a diario y no para anteponer el disenso en todo momento. Esta "democracia defectiva" como ingeniosamente la califica Víctor, resultó de habernos ejercitado durante mucho tiempo exclusivamente en la batalla contra un determinado sistema político que, desde 1968, demostró palpablemente sus limitaciones y carencias dando todo tipo de señales de agotamiento, pero no nos preparamos para la democracia. Se nos hizo fácil pensar que al arribar ésta, muchos de nuestros problemas se resolverían casi en automático. Y esto es una falacia de costosas consecuencias que ahora estamos pagando. Si tanto deseamos a la democracia, ahora hay que vivirla conforme a sus propias reglas que implican desde luego derechos pero también obligaciones y mucha responsabilidad, en primer lugar, pero no tan sólo, del gobierno.

La democracia no es un sistema político que privilegie el caos o la ingobernabilidad. No es tan sólo, pero sí ante todo, el imperio de la ley, algo que los gobernantes y gobernados mexicanos no acabamos de entender y por lo tanto, aceptar. Lo que sucedió en la marcha del pasado 2 de octubre en el D. F. así lo demuestra.

Juan Luis Hernández. Universidad Iberoamericana. ¿Qué tan democrática es nuestra democracia? Nos movemos en las arenas movedizas del pluralismo pretendiendo dar plena expresión a las diferentes formas de entender los problemas públicos, pero ello ha hecho posible una realidad compleja que sobrepasa tanto los actuales arreglos institucionales como la capacidad política de los tomadores de decisiones. ¿Qué tan democrática queremos nuestra democracia? Nos encontramos en un punto cuya frontera se mueve entre la ampliación de libertades y su limitación o acotamiento.

La llegada del pluralismo electoral y la regularización de la competencia realmente existente promueve una reflexión sobre el estado actual de las manifestaciones callejeras, la utilización de la violencia de actores sociales y la temerosa aplicación de la ley por autoridades locales y federales. Los disensos se expanden a lo largo y lo ancho del país. La clase política hace conciencia en la necesidad de los acuerdos pero el voluntarismo no alcanza aún los consensos necesarios. El conflicto social, resultado de una lacerante inequidad social y exclusiones sociales, campea la arena pública. Los recientes acontecimientos de California nos hacen ver que la democracia no goza de buena salud. En México se observa poco convencimiento tanto de la sociedad política como de la sociedad civil acerca de los valores democráticos. En este contexto no seamos muy entusiastas de lo que pueda derivar en el siguiente tiempo político.

1 Diego Valadés,El gobierno de gabinete ,UNAM-IIJ,México, 2003,124 pp.